

ejercicios penitenciales. Aprovechan mucho en la doctrina cristiana y tienen mucha afición a las cosas que son de nuestra santa fe católica, y las aprenden más presto y mejor que los hijos de los españoles, para honra y gloria de Dios nuestro señor, el cual sea bendito en los siglos de los siglos. Amén. De nuestro convento de Tlalmanalco, cerca de la gran ciudad de Mexico, de la custodia del Santo Evangelio, a doce días del mes de junio, año del señor de 1531.

*CAPÍTULO XVII. De la memoria que de el santo fray Martín hay en el pueblo de Amaquemecan; y de la veneración en que son tenidas sus reliquias*



A CÉLEBRE MEMORIA QUE DE EL SANTO fray Martín de Valencia se tiene hoy día en el pueblo de Amaquemecan, demanda que de ella se haga particular capítulo y mención. Para lo cual es de saber que este pueblo, llamado Amaquemecan, cae diez o doce leguas de esta ciudad de Mexico, al oriente, en la alda de un altísimo volcán de fuego, que echa, a tiempos, por una boca que en lo alto tiene, humaradas o nubes espesísimas de humo y ceniza. Era este pueblo (según el gobierno antiguo de los indios en su infidelidad) de la provincia de Tlalmanalco, donde el varón de Dios, fray Martín de Valencia tuvo su principal habitación en vida, y donde estuvo sepultado su cuerpo más de treinta años, después de su muerte. Y no sólo aquello (que no está más de dos leguas bien pequeñas de Tlalmanalco) sino mucho más tenían, a la sazón a su cargo y de visita los frailes nuestros que allí residían. Y después de ya cristianos y doctrinados los indios, fundaron su monasterio en Amaquemecan los padres de la orden de Santo Domingo.

Tiene Amaquemecan, al un cabo de su población, entre el poniente y medio día, un cerro, quasi de la forma piramidal del volcán, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es) al pie del volcán; y entre sus montañas, y en lo alto, a un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta o cincuenta estados, pocos más o menos, está una cueva, formada de la misma naturaleza, en la viva peña, de hasta quince pies, en ancho y algo más en largo y menos de alto, a manera de ermita, aparejada de todo lo del mundo para convidar a su morada a los que tienen espíritu de vida solitaria. Fray Juan Bautista Moles, en el memorial que hace de la provincia de San Gabriel, tratando de este lugar, dice estas palabras: El lugar de Amaquemecan está como doce leguas de la ciudad de Mexico, hacia oriente, puesta al pie de una montaña altísima, del cual sale una gran boca de fuego; allí vivió mucho tiempo el santo fray Martín de Valencia, cuando aquel pueblo y los alrededores estaban a cargo de los frailes menores. Y luego prosigue: No

lejos del dicho monasterio está la dicha montaña, que de la altura de ella sale fuego, la cual montaña es muy adornada de árboles y de las cumbres de ella se descubre gran vista de tierras y en lo bajo está un valle muy ameno, rodeado de montañas. En la ladera de esta dicha montaña está la ermita del santo fray Martín. Por lo dicho en este capítulo se ve el yerro cometido en el dicho memorial, el cual lo sacó a la letra del que hizo el general Gonzaga, en latín, de toda la orden y no debe causar maravilla; pues escriben de tan lejos y con sola noticia de tierras tan remotas como éstas; lo cual será posible que nos suceda a los que por acá tratamos de otras cosas que no conocemos, porque es muy fácil errar en las cosas de noticia que pasan por muchas manos. Y lo cierto es en este caso que la serrezuela o monte donde está la cueva, está apartado de el volcán más de una legua y le cae al dicho pueblo de Amaquemecan al poniente, y esto hemos visto diversísimas veces que hemos pasado por él, y subido a su cumbre. Y volviendo al propósito digo que este lugar era singular recreación al espíritu del siervo de Dios fray Martín de Valencia, y todo cuanto pudo lo frecuentó; tanto que por gozar de él holgaba de morar en Tlalmanalco, más que en otro convento y muy a menudo se iba allí, así por visitar y doctrinar los indios de aquel pueblo, que estaban a su cargo, como por recogerse y darse todo a Dios en aquella cueva, sin ruido de gentes y sin bullicio de negocios. Allí pasaba, con mucho rigor, sus ayunos y cuarentenas; allí ejercitaba de veras sus acostumbradas penitencias; allí se le pasaban días y noches en continua oración y meditación de la pasión de Cristo crucificado, mortificando su carne con diversos géneros de aflicciones y castigos.

Cuéntase que cuando estaba en aquel monte y salía de la cueva a orar, por las mañanas, a un arboleda que está en lo alto de él, que se ponía debajo de un árbol grande, que allí estaba y en poniéndose allí se hinchía el árbol de aves que le hacían graciosa armonía, que parecía le venían a ayudar a loar a su criador. Y como él se partía de allí las aves también se iban y después de su muerte nunca más fueron allí vistas. También se cuenta en su historia que en aquel ermitorio le aparecieron al varón de Dios, mi padre San Francisco y San Antonio, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios, que era hijo de salvación. Los indios, que bien sabían en lo que el santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad y recibían grandísima edificación, y confirmaban en sus corazones la opinión que de su santidad tenían concebida, por las demás virtudes que en él conocían y doctrina que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las palabras de su predicación evangélica, muy a la letra y no dudando ser santo y escogido de Dios.

Cuando este bienaventurado falleció pusieron a recado y guardaron con mucho cuidado la ropilla de su uso que pudieron haber, teniendo esta fe y devoción que nuestro Señor, por intercesión de su siervo y mediante aquellas sus prendas, les haría mercedes y los socorrería en sus necesidades; y fueron tan perseverantes en esta su devoción, que tuvieron estas reliquias por espacio de cuasi cincuenta años encubiertas, traspasándolas de mano

en mano, en las grandes pestilencias que en esta Nueva España han corrido, sin dar parte de ellas ni a los religiosos de San Francisco, que los tenían a cargo cuando el santo falleció, ni a los de Santo Domingo, que después entraron en aquel pueblo, hasta el año de ochenta y cuatro, que quiso nuestro Señor se descubriesen y manifestasen a todos por la manera siguiente.

Estaba, a la sazón, por vicario del monasterio de Amaquemecan, un venerable padre que había sido vicario provincial de la orden de los predicadores, en esta Nueva España, llamado fray Juan Páez, muy especial devoto del padre fray Martín de Valencia, por la fama que siempre ha volado de su santidad en estas regiones, entre los religiosos de todas las órdenes y seglares, así españoles como indios; y por contemplación de aquella cueva, donde se recogía a darse a Dios (que después acá siempre ha tenido por nombre la cueva del santo fray Martín de Valencia) procuró este devoto religioso de continuarse muchos años en aquella casa. Y en el dicho año de ochenta y cuatro, tratando él, en presencia de algunos indios que servían en el monasterio, con fervor y celo de las cosas del varón de Dios fray Martín, y mostrando deseo de saber de su cuerpo y reliquias, uno de los indios, que presentes estaban, le descubrió después en secreto cómo en el pueblo se guardaban muchos años había algunas reliquias de aquel santo, y dióle noticia cómo y dónde las hallaría. Hizo luego inquisición sobre ello y sacadas por rastro, vino a hallar un silicio de cerdas y una túnica muy áspera que fueron del santo varón, y dos casullas pobres, de lienzo de la tierra, con que solía decir misa. Hallóse muy rico fray Juan Páez con estas prendas, y no cabía de placer y contento. Dio luego aviso a su provincial de lo que pasaba, mandáronle que las trajese al convento de Santo Domingo de esta ciudad de Mexico. Trájolas, sacando partido, que se las volviesen y no se quedasen con ellas. Viéronlas todos los frailes del convento y besáronlas con devoción y reverencia. Volviolas el vicario al pueblo de Amaquemecan y púsolas con mucha veneración en la sacristía de su convento. Y comenzando a publicarse la invención de las reliquias acudieron muchas personas devotas a pedir algo de ellas. Dióseles algunas particillas de la túnica y silicio. Mas visto que si el negocio iba adelante se las llevarían todas, tomó por mejor acuerdo guardarlas, adornando para ello la cueva del cerro. Puso a un lado de ella un altar, donde se dijese misa y a otro lado una gran caja tumbada que se cierra y sirve de sepulcro a un Cristo de bulto devotísimo, que yace en ella tendido, y a los pies del Cristo se guardan en una cajuela, con una redcilla de hierro, la túnica y silicio, de suerte que se pueden ver y no sacar fuera. Las casullas están a otro lado sueltas para mostrarse y poder ser vistas.

La cueva tiene sus puertas y buena llave con que se cierra y hay de continuo indios por guardas, en otra covezuela, cerca de ella. Éstos tañen a sus horas una campana que tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monasterio. Todos los viernes sube un sacerdote a celebrar en la ermita, en memoria de la pasión del Señor, venerada por el santo fray Martín, en aquel devoto lugar, con sus oraciones y lágrimas y ásperas penitencias. Es muy frecuente el concurso de los indios en todo tiempo, en especial

en aquel día, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de Mexico a la de los Ángeles, y de la de los Ángeles a Mexico.

Cuando se muestran las reliquias es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece; tocan la campana y júntase gente, encienden algunos cirios, demás de la lámpara de plata que cuelga de una peña, enmedio de la ermita, aunque de día hay harta luz del cielo que entra por la puerta y van cantando los cantores en canto de órgano, algún motete lamentable de tiempo de Pasión. Llega el vicario, vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja y hecha oración ante el sepulcro del Señor, inciensa al Cristo y después a las reliquias, y muéstralas a los circunstantes. Hace esto con tanta devoción, que juntamente con la oportunidad del lugar y la aspereza de aquellos vestidos y la memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva que no salga compungido y lleno de lágrimas.

CAPÍTULO XVIII. *En que se contiene la vida de fray Juan de Tecto, uno de los tres primeros evangelizadores antes de los doce*



UNQUE LA VIDA DEL SANTO fray Martín de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este libro, por haber sido el primero prelado que con autoridad apostólica y del general de la orden, pasó a estas partes a predicar el Santo Evangelio, es de saber, que un año antes habían venido a esta Nueva España tres religiosos, también franciscos, de nación flamencos, que por haberlos traído el mismo espíritu de la conversión de los infieles y hecho en el caso su posible, como perfectos varones que eran y muy siervos de Dios, es justo se haga de ellos memoria, como de primeros en tiempo, antes que se escriban las vidas de los compañeros del santo fray Martín de Valencia, y pasa en esta manera.

Como por todos los reinos y provincias de la cristiandad se divulgase la fama de cómo el valeroso capitán don Fernando Cortés, con otros españoles sus compañeros, habían descubierto y conquistado un nuevo mundo, en la región que llamaron Indias, lleno de gente idólatra y que deseaban ministros para convertirlos a la fe; comenzáronse a mover muchos religiosos de diversas naciones para venir entre ellos y predicarles la palabra de Dios; pero aunque fueron muchos los llamados por esta moción interior de espíritu, fueron pocos los escogidos que merecieron ver puestos sus fervorosos deseos en ejecución. Estos fueron tres muy señalados varones del convento de San Francisco de la ciudad de Gante; es a saber el guardián que a la sazón era del dicho convento, llamado fray Juan de Tecto, y dos súbditos suyos, el uno sacerdote, por nombre fray Juan de Aora, y otro